

En el mismo momento en que se consolida la serie televisiva de Jaime de Armiñán «Suspiros de España» se estrena «El amor del capitán Brando», última película hasta la fecha del autor de *Mi querida señorita*. Sigo el programa televisivo de Armiñán cada semana, convencido de que asisto a uno de los mejores programas emitidos por Televisión Española y a lo mejor que televisualmente ha creado Armiñán. Tanto la serie como la película obligan a una reflexión sobre la extensión de un talante social, cada vez más amplio y profundo, que se convierte en un silencioso referéndum en pro de la libertad. Desde hace unos cinco o seis años la cultura española ha iniciado un ajuste de cuentas a fondo contra las pretendidas constantes peculiares del «ser español», y ese ajuste de cuenta se produce a distintos niveles de contenido y continente, de emisores y receptores. Ya no se trata de un fenómeno como el del **realismo social** de los años cincuenta, que no consiguió salvar las barreras de la organización cultural, que se quedó en el campo de concentración de la burguesía ilustrada y de la Universidad. Lo que desde hace cinco o seis años se está produciendo afecta a un conjunto social más amplio y circula incluso por los canales de la organización cultural más establecida, como, por ejemplo, la televisión.

Asistimos a un síntoma de que aparatos ideológicos de lo más defensivo, de lo más pegados a la piel del sistema, testimonian también la crisis del propio sistema. El dato es importante, porque avalla la amplitud y profundidad de la aspiración de cambio y de que ese cambio sea tan serio que se lleve al desván de los malos recuerdos el torpe y largo intento de convertir a España en la reserva espiritual de Occidente, dando a la palabra reserva todas las connotaciones de trastienda, trastero, desván, trapería. Puede trazarse una trama crítica que ya pertenece a la cultura de masas y que une en estos momentos la serie de Armiñán, **El amor del capitán Brando**, **La prima Angélica** y **El espíritu de la colmena**. Son fenómenos de cultura de masas muy seguidos por el público, situados a distintos niveles de lenguaje y presupuestos, pero unidos por el común objetivo de dinamitar la conspiración ideológica de la España subnormal.

El desafío entre los que siguen empeñados en la conspiración de la subnormalidad de España y cualquier peatón de nuestra historia de cada día es abismal. Ya no se trata de la soledad del «bunker» en el extrarradio de una ciudad, sino de la soledad del «bunker» en una isla situada en medio de un océano de nadie y nada. Los ojos del poli-



La denuncia de la represión moral, cultural, sexual emprendida por Armiñán en su serie televisiva «Suspiros de España», de la que vemos sobre estas líneas, un fotograma, afecta a las raíces mismas de la coartada ideológica de un orden agonizante.

ARMIÑÁN O EL RESPETO POR LA LIBERTAD

tico televisivo que ha dado paso al programa de Armiñán son los ojos abiertos más pequeños del país y, sin embargo, han visto claro. En el catálogo de monstruos de **Suspiros de España** también hay un catálogo de criaturas normales que tratan de afirmarse, en lucha contra los monstruos. La denuncia de la represión moral, cultural, sexual emprendida por Armiñán en **Suspiros de España** afecta a las raíces mismas de la coartada ideológica de un orden agonizante, y ese empeño en extirpar las raíces de esa coartada se ha convertido en un código expresivo público, al alcance de miles, millones de espectadores. Esto ha sido posible porque los responsables de la tijera son cada día más conscientes de que el público español hoy no puede aceptar otros mensajes que los que concierten con su propia crítica de la realidad y su pasado. Es decir, la serie de Armiñán o las películas de que hemos hablado jamás hubieran prosperado si hubie-

ran sido un mero empeño voluntarista de profesionales de la progresía. Si han prosperado es porque conectan con una amplia conciencia social hacia la cuestión, porque se ha establecido lo que los comunicólogos llamarían un «feedback» que los elementos más conscientes y avisados del sistema no pueden reprimir.

Armiñán ha acometido este empeño sin falsear la imagen y los rostros de la España real. Es un acierto que esos rostros tan hispánicos de Irene Gutiérrez Caba o Antonio Ferrandis no se encasillen en el bien o en el mal, sino que presten sus rasgos unas veces al represor y otras al reprimido, a la víctima o al verdugo, al retrógrado o al liberador. No hay otra fórmula mejor de aceptar las profundas contradicciones en que se debate la España «madura» que encarnan esos dos geniales intérpretes; sobre todo la España madura que estrena crisis en este momento, una crisis impuesta por las progre-

sivas quiebras en la realidad falsificada. Sería un error situar la serie de Armiñán dentro del catálogo muerto de la «crítica de costumbres»; sería no entender la función que puede cumplir en unos días decisivos para nuestro porvenir colectivo. Más que crítica de costumbres, Armiñán practica la crítica de esa ideología-coartada que está en el origen de todos los intentos de falsificación de la mecánica del comportamiento personal y colectivo, de la mecánica de la realización individual y de la realización histórica.

No es casualidad que tanto en **El amor del capitán Brando**, **El espíritu de la colmena** o en **La prima Angélica** uno de los personajes claves sea un español vencido, silenciado, que aporta un análisis de la galaxia desde la otra cara, oculta, de la Luna, Luna de España cascabelera, Luna de ojos azules, cara morena. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.